

64.º FESTIVAL DE BERLÍN

Léa Seydoux y Vincent Cassel protagonizan «La Bella y la Bestia»

JOSÉ LUIS LOSA
BERLÍN / E. LA VOZ

La megaestrella del cine francés Léa Seydoux llegó a Berlín para cerrar la sección oficial con una versión francoalemana de *La Bella y la Bestia*, dirigida por Christophe Gans, en donde el feo con graduación es Vincent Cassel. La adaptación es un vehículo lujoso para que la Seydoux recupere su rol de «estupenda» y comience a lamer las heridas de la batalla cruenta que le ganó Adèle Exarchopoulos en Cannes. La Bella con la que cerró telón el Palast es poco más que eso, un canto al «estupendismo» petardo de la Seydoux.

La competición quemó sus últimos cartuchos con la japonesa *The Little House* y la austríaca *Macondo*. Yōji Yamada ha sido un habitual del *revival* del cine de samuráis hasta que hace unos años descubrió que intentar reproducir copias casi amanuenses del molde clásico del maestro Ozu era un filón que colaba internacionalmente muy bien. Llegó a la cima de la clonación con *Una familia de Tokio*, una irritante calcomanía que hasta vendió gato por liebre en las gangas de la Seminci.

Con *The Little House*, Yamada continúa anclado en ese classicismo coloreado, aunque al menos se le agradece que el guion sea original, y eso hace que veamos con menos desgana el melodrama cursi de familia nueva rica, de infidelidad femenina, sirviente fiel, todos arrastrados por el viento de la Segunda Guerra Mundial. No deja de ser un cromó ñoño, con música redundante y tontería de folletín, un *Amar en tiempos revueltos* amanerado.

La última de las cintas en concurso, *Macondo*, de Sudaheb Mortezaei, es película del subgénero de niños atribulados, pero posee fuerza, personalidad propia. Su mirada sobre la inmigración chechena permite entrar en las peculiaridades de una población marcada por la guerra y el integrismo musulmán. Y a través de la mirada de su protagonista se atisban los estigmas que de vez en cuando detonan en forma de terrorismo en la Unión Soviética.



De izquierda a derecha, Sanromán en la performance «Black Chrysalis» en Londres; el violinista Antón Carballo, en Río de Janeiro; Darío Mariño, en Berlín; y Ana Inés Jabares, con el proyecto ganador del premio Linbury. SILVIA CRUZ DEL ÁLAMO / SHEILA BURNETT



Una diáspora cultural gallega

Artistas, músicos y otros creadores viven y trabajan en el extranjero, atraídos por mayores oportunidades formativas y laborales

XESÚS FRAGA

REDACCIÓN / LA VOZ

La emigración ha condicionado buena parte de la historia reciente de Galicia. También su cultura. Son numerosos los creadores con obra nacida en el exterior, desde la Cuba de Curros y la Venezuela de Celso Emilio, a casos actuales como las residencias en Nueva York del pintor Antonio Murado y el compositor Octavio Vázquez.

Los primeros años del siglo XXI asisten a una nueva diáspora cultural que se reparte por todos los rincones del globo, aunque hay ciudades que actúan como verdaderos imanes. Paradigma de esto es Londres, donde viven y trabajan artistas, fotógrafos, diseñadores o cineastas llegados de Galicia. Uno de ellos es la coruñesa Ana Inés Jabares Pita, que viajó para cursar un máster en escenografía y tan solo unos meses después ganó el premio británico más prestigioso de la disciplina, el Linbury Prize. Jabares eligió su máster londinense porque era el que mejor se ajustaba a sus necesidades y por la oferta cultural de la capital, especialmente en la escena. «É o lugar sagrado

do teatro», confirma. «Cada vez hai máis e máis talentos galegos por Londres e polo mundo», añade. Muchos de ellos crean redes de apoyo o colectivos creativos.

Susana Sanromán llegó a Londres «un poco a la aventura, por curiosidad y en busca de nuevos horizontes». Desde entonces ya ha mostrado su obra, en torno a la fotografía y las performances, en una decena de exposiciones en la ciudad, y este verano también se podrá ver en Galicia, en Espasante. Para Sanromán, Londres ofrece como ventajas «la tendencia a la flexibilidad entre las diferentes ramas artísticas, caracterizadas por barreras elásticas, y artistas siempre dispuestos a redefinirlas. Esta movilidad brinda una oportunidad única al artista para desarrollar su obra de forma más autónoma y libre». Sanromán cree que ese ambiente es el que buscan muchos creadores gallegos cuando se plantean un cambio de escenario. En su opinión, «el nivel de educación de los jóvenes en España supera con creces al Reino Unido». Otra cosa es dar salida a las inquietudes. Una «oferta limitada, la falta de flexibilidad y movilidad laboral, la limitación de

especialización y prácticas en los planes universitarios» son lacras que desembocan en un «desasosiego y decepción» de jóvenes que buscan alternativas en la emigración, trabajen en la cultura o en otros ámbitos.

Otro polo de atracción es Alemania, especialmente para músicos. Lo confirma el betanceiro Darío Mariño, quien, después de pasar por las orquestas Mahler y Filarmónica de Berlín, es clarinetista de la formación de la Konzerthaus berlinesa. «A música clásica está hoxe en Alemaña e Berlín é o seu máximo expoñente, con sete orquestras A, do máis alto rango dentro da organización orquestral alemá», explica. Y no está solo: enumera otros gallegos como Pablo Lago, trompa solista del teatro de Kiel; Roberto Baltar, oboe solis-

ta de la NDR de Hannover; Jesús Porta, percusión solista de la NDR de Hamburgo...

Más lejos está el cambrés Antón Carballo, quien tras sus inicios en el Conservatorio de Culleredo amplió estudios en A Coruña, el País Vasco y Londres, para luego empezar a trabajar en Oporto y, desde hace dos años, en Río de Janeiro, con la Orquestra Sinfónica Brasileira. «O meu violino lévame cada vez máis lonxe», afirma, aunque el trasiego no le impide olvidarse de los profesores cuyas enseñanzas fueron decisivas en su carrera. Para Carballo, estudiar fuera ayuda «persoal e profesionalmente», pero en la búsqueda de trabajo estable en España se topó con dificultades.

Ninguno de los cuatro se plantea volver a Galicia a medio plazo, aunque los que están en Europa cuentan con la ventaja de una relativa proximidad que facilita las visitas. Otra cosa es trabajar en lo suyo. «Para calquera persoa sería bo traballar perto da súa casa, pero existen oportunidades que non se poden deixar escapar. Sinceramente, non sei se voltarei ou non. Estou seguindo as mellores oportunidades», resume Carballo.

«Hai oportunidades que non se poden deixar escapar e eu estou seguindo as mellores»

Antón Carballo

Violinista en la Sinfónica Brasileira